**Todo y Nada con Dios**

*Por: Denise Kinzel Maluje*

*Estudiante de Ingienería Civil – Universidad Católica de Chile*

Muchas veces al sentarnos frente al Sagrario no sabemos qué hacer, qué decir, y cuando llevamos mucho rato, no sabemos ni de qué más conversar. Pero ahí está la clave, en sólo sentarnos frente al Sagrario y decir: “Señor, estoy aquí”. Y simplemente quedarnos ahí, dejar que Él haga lo suyo. Pese a que estemos en un tiempo sin sentir a Dios, debemos hacernos el tiempo para sentarnos y decirle: *“Dios, no te siento, no te escucho, pero sé que estás ahí. Y confío en Ti”.*

El silencio. Tremenda herramienta imprescindible para comunicarnos con Dios. Para escucharlo y poder tener una conversación con Él. Aunque muchas veces no queremos hablarle, porque nos enojamos o simplemente nos *enojamos* con Él. El tema es no dejar que eso haga que no nos demos el tiempo para estar con Dios. Que eso no nos deje taparnos los ojos a ver el camino.

Pero ¿cómo hacer que nuestra fe sobreviva en un desierto espiritual? Aferrándose a cuando lo conocimos, cuando tuvimos esa experiencia con Él que nos hizo tener la fe que perdimos. Y tener en cuenta que si la perdimos es porque en algún momento la tuvimos y eso, querido lector, es un enorme privilegio que lamentablemente no todos reciben.

Todo compromiso implica un sacrificio en nuestras vidas. Toda decisión, para seguir el camino de la santidad, debemos renunciar a otras cosas que nos gustan, nos mueven e incluso cosas en las que podamos hacer el bien. *¿Qué decisión tomar entonces?* Si tengo opciones que buscan el bien y me acercan a Dios, *¿cómo saber cuál es la que Dios me llama a hacer?* En este camino he buscado consejos de varias personas con una vocación tremenda y me he dado cuenta de que la respuesta está en nuestro corazón. En qué nos deja más tranquilos. A pesar de que nos dé miedo, de que nos dé terror hacer eso que nos sentimos llamados a hacer, una vez que tomamos la decisión nuestro corazón está tranquilo y nuestra carga parece más ligera. Muchas veces creemos que va a bajar un ángel a decirnos “Dios te llama a ser sacerdote” o “Dios te llama a ser monja”. Pero no, nadie baja y Dios tampoco nos deja escrito en la pared el llamado, sino que te plantea preguntas para que tú encuentres la respuesta, te plantea inquietudes para que tú encuentres tu calma: tu respuesta, tu tranquilidad, con Jesús, en Dios.

Ojo que toda vida con Dios en el centro es una vocación. Algo muy sabio que me dijo un sacerdote al que le tengo mucho cariño es que al ir al seminario uno renuncia a tener ojos para todas las mujeres, pero al comprometerse al matrimonio uno renuncia a todas las mujeres menos a la que elegiste. La misma analogía con las mujeres respecto a los hombres. El llamado entonces está en comprometerse a lo que te trae tranquilidad con Dios, que para cada uno de nosotros es distinto. Porque no hay una única forma de ser santo: hay tantos caminos a la santidad como personas en el mundo ¿no?

Perderle el miedo a equivocarse, a meter la pata, a entender mal Sus mensajes. Y muy importante, a preguntarle cuando estés listo para escucharlo. Tantas veces le preguntamos algo a Dios esperando una respuesta específica y después nos tapamos los oídos para no escuchar la respuesta, porque nos da miedo que no nos guste lo que nos va a decir.

Y ahí está la respuesta que tantos tratamos de ignorar, de luego de pedirle a Dios señales mil veces, cuando estas llegan nos hacemos los locos, por miedo, por falta de amor. Pero el darse completamente es la manera que tenemos de vivir la santidad. El tirar todo por la borda por amor a Él y al prójimo.

El hecho de decir que sí desprendidamente y con la convicción de que ese sacrificio vale la pena, de que entregar la vida le da sentido a nuestra existencia y nos lleva a una vida plena, feliz, pero feliz de adentro. Sin nada y con todo a la vez.

Me quedo con la palabra *valentía*. Tener el suficiente coraje para decir que sí de manera desinteresada y dejando todo atrás, por amor a Jesús. Un día conversé con una Hermana de la Caridad y me dijo algo precioso. Me contó que cuando profesó los votos le dijeron que se iba a ir a Chile a lo que le decían “la luna de miel”, porque era donde su marido las estaba esperando, donde Jesús estaba esperándola: en los pobres, de materia y de alma, en sus compañeras y en el Sagrario.